

025. Ideal y responsabilidad

Se le preguntó una vez a un educador sobre cuál era su mayor éxito y cuál había sido su mayor fracaso con los jóvenes, y contestó sin vacilar:

- *Mi mayor éxito es conseguir muchachos entregados al servicio de su ideal, y mi fracaso más grande es ver a tantos de mis chicos que no son consecuentes con la formación que han recibido.*

No se necesita ser muy perspicaz para darse cuenta de que ese educador nos puso a todos el dedo en la llaga, sobre todo a los que nos gloriamos de haber recibido la mejor educación cristiana.

Nuestro pecado no está en no conocer nuestra fe, sino en no ser consecuentes con ella. Si nos ponemos a hacer el examen de nosotros mismos, nos decimos sin más:

- sabemos que hay que creer; pero dudamos de Dios cuando sufrimos una contradicción fuerte;

- sabemos que hay que amar; pero nos dejamos devorar por el odio cuando nos han jugado la más pequeña;

- sabemos que debemos dar al que padece una necesidad; pero no damos porque necesitamos siempre todo nuestro dinero para gastarlo en cualquier tontería;

- sabemos que debemos orar; pero ocupamos en nuestros rezos sólo un poquito más de tiempo que el empleado por un ateo;

- sabemos que el trabajo es una ley de la vida, una obligación estricta ante el sueldo que se nos paga; pero, por nuestra pereza, robamos con guante blanco cantidades que suben a muchos miles;

- sabemos..., sabemos muchas cosas, que, de ponerlas por obra, y siendo consecuentes con nuestra fe, con nuestra educación y con todos nuestros principios, harían de nosotros unas personas cabales y santas. ¿Dónde está entonces el fallo?...

Podríamos decir que la cuestión se reduce a que nos falta sentido de **responsabilidad**.

Al habernos formado bien —y todos nosotros nos gloriamos de tener buena formación—, tenemos conciencia de que debemos responder de nuestras acciones.

Eso, y no otra cosa, significa esta expresión tan repetida: *sentido de responsabilidad*. O sea, convencimiento de que debemos de responder ante otros de todo lo que hacemos, lo mismo ante la policía, que ante nuestra conciencia, que ante Dios. En definitiva, ante Dios.

Así como la irresponsabilidad inutiliza a cualquiera, pues nadie se fía del irresponsable atolondrado, así la persona responsable tiene una fuerza superior a todo poder.

Se me ocurre ahora aquel caso que se dio en la corte de Austria. El Emperador Francisco José era muy riguroso. Muere su médico personal y nombra como sustituto a un joven oficial para un puesto tan codiciado y que suponía un gran ascenso en el ejército. Citado el nuevo médico a las diez de la mañana, y a pesar de que el emperador no tolera una dilación, el joven doctor llega más de una hora tarde. Furioso el monarca, le grita:

- *¡Le he citado a las diez! Puede marchar, pues ya no tengo tiempo para usted.*

El joven militar ve que ha perdido el ascenso. Pero no ha perdido su dignidad personal ni tampoco su sentido de responsabilidad.

- *Majestad. No he podido venir antes. He tenido que practicar una operación de la que dependía la vida de un hombre.*

- *¿Quién era ese hombre?*

- *Majestad. Era un sencillo soldado del regimiento. Yo no lo podía abandonar.*

El Emperador se calma. Se da cuenta de que ha escogido al médico más responsable, y se dice a sí mismo: *¿Cómo? ¿Es posible que este joven médico me deje a mí, el Emperador, por un simple soldado, sabiendo que de este modo se jugaba su porvenir? Este médico vale de veras... Y le tiende a mano:*

- *Usted se queda para siempre conmigo...*

Desde luego, que un hecho como éste no lo hace sino un hombre de responsabilidad. Para el joven médico, ante su conciencia valía un simple soldado lo mismo que el Emperador, y actuó en consecuencia, a pesar de la mala consecuencia que le podía traer en su ascenso tan halagador.

El sentido de responsabilidad se manifiesta en el fiel cumplimiento del deber. ¿Hacer mal las cosas? ¡Nunca! Ni tan siquiera medianamente.

Porque el quehacer del cristiano debe gozar de una perfección tal que, en todo momento, sea digno de aquel trabajador del taller de Nazaret...

La irresponsabilidad podría causar daños irreparables. ¿Qué decir del que expendiera una medicina vencida, del que llevara los libros de una oficina de cualquier modo, o de aquel que manejase locamente?... Por el contrario, ¿qué alabanza no merece quien enseña bien, quien vende bien, quien cocina bien, quien educa bien a los hijos, quien todo lo hace bien?...

Como siempre, no encontraremos a nadie con ideal más grande ni con mayor sentido de responsabilidad que Jesucristo. Su ideal fue salvar al mundo cumpliendo la voluntad del Padre que le pedía nada menos que la cruz. Acaba su cometido, y exclama con voz de triunfo: *¡Todo se ha cumplido!...*

Si nos hemos formado bien en un ideal de vida, y somos después consecuentes en servirlo con responsabilidad, podemos sentirnos orgullosos. Los demás se fiarán de nosotros.

Sobre todo, se fiará Dios, que cada vez nos confiará dones superiores, al saber que los deposita en muy buenas manos...